



21st CENTURY MIGRATIONS

ONLINE PANEL DISCUSSIONS

TO BE HELD AS PART OF THE EXHIBITION “MANGLED HOPES FOR BRIDGES”

BY NATALYA CRITCHLEY

OCT. 8, 2021

“Venezuela or the largest migration of the first quarter of the 21st “. Tulio Hernández

Venezuela o la más grande migración del siglo XXI

latinoamericano.

Tulio Hernández

(Conferencia presentada en el marco de la exposición de Natalya Critchley “Mangled hopes for bridges” en el Kalamazoo Valley Comunity College, Michigan, USA)

El venezolano es el más grande fenómeno migratorio del siglo XXI latinoamericano. Todos los organismos internacionales que se ocupan del tema lo ratifican. Para el 5 de junio de 2021, un informe de la Plataforma de Coordinación de la Respuesta para Migrantes y Refugiados de Venezuela concluye que más de 5,7 millones de personas han salido del país y que, de ese total, cerca del 31%, un millón setecientos cuarenta y dos mil, se encuentra en Colombia.

Este último dato convierte a la migración venezolana a Colombia en el fenómeno migratorio más grande entre dos países fronterizos en toda la historia de América Latina. Ni siquiera la migración de nicaragüenses a Costa Rica, cuando ocurrió la guerra entre sandinistas y contras a finales de los años 1980, ni la de haitianos a República Dominicana, luego del devastador terremoto de 2011, tuvo estas descomunales dimensiones.

Con el agregado de que casi el 80% de los migrantes venezolanos ha atravesado la frontera colombiana en apenas cuatro años, los transcurridos entre 2017 y 2021, y en los últimos dos años –tiempo en el que han estado rotas las relaciones diplomáticas entre ambos países y cerrados sus accesos terrestres– la mayoría ha ingresado a pie, sin control legal, por las llamadas “trochas”, caminos verdes donde no hay aduanas ni alcabalas oficiales, solo

guardias nacionales venezolanos y guerrilleros colombianos cobrando peajes en dólares y pesos para permitir el tránsito.

Son hechos y cifras abrumadoras. Para que nos quede claro, 5.700.000 personas que se han ido representan casi el triple de la población de Caracas, la capital de Venezuela. Supera con creces la suma total de los pobladores de Chicago y Houston, dos ciudades ubicadas en el ranking de las diez más pobladas de los Estados Unidos. Suman casi exactamente el mismo número de la población de Santiago de Chile, una de las dos megalópolis del Cono Sur. Y supera en doscientos mil almas la población total de Costa Rica, una de las naciones más influyentes de Centroamérica.

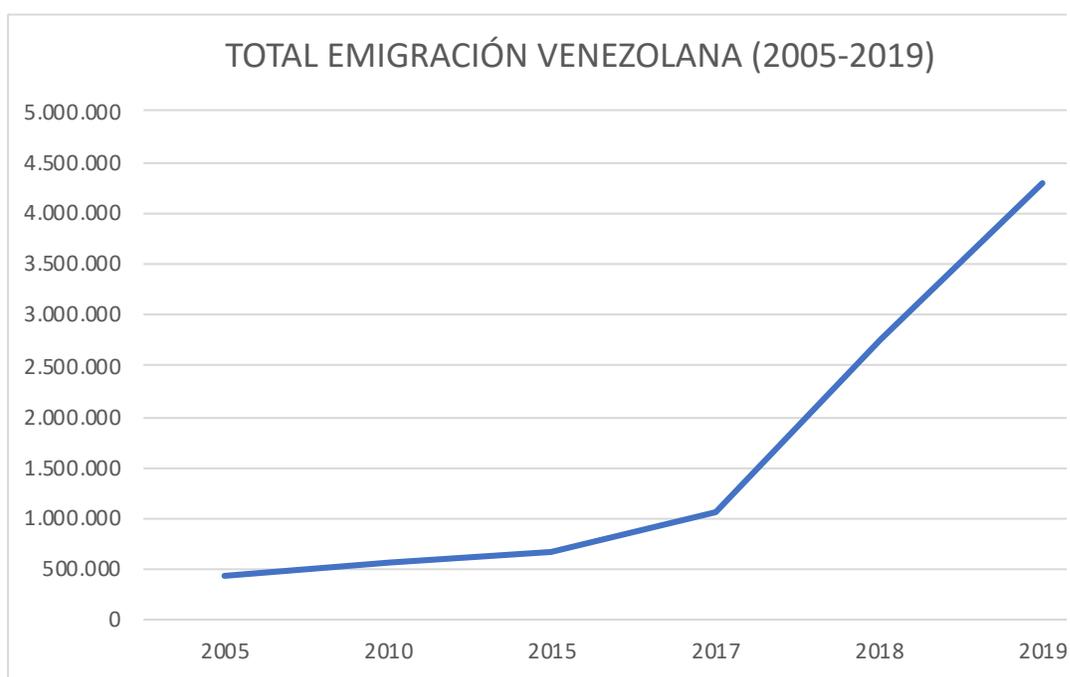
Es una imagen perturbadora. Se trata, junto al sirio, del desplazamiento humano más grande del siglo XXI. Con una diferencia, los sirios escapan de una espantosa guerra civil mientras que el éxodo venezolano lo produce un apocalipsis político que ha destruido la institucionalidad democrática, destrozado su aparato productivo y deshilvanado su tejido social.

En América Latina habían sucedido, y suceden, fenómenos migratorios por causas muy específicas. Millares de habitantes del Cono Sur en las décadas 70 y 80 del siglo XX tuvieron que partir huyendo de la persecución política de las dictaduras militares de derecha. Otros millones llevan sesenta años escapando en balsas suicidas del estatismo comunista cubano. Millones de centroamericanos y mexicanos se han ido a Estados Unidos huyendo de la pobreza. Igual que los colombianos a Venezuela a partir de los años 1960 buscando mejores condiciones de vida en los tiempos de la bonanza petrolera. Y, luego, a otras partes del mundo escapando de la inseguridad generada por los enfrentamientos bélicos entre las guerrillas, los paramilitares, el terrorismo narcotraficante y el ejército oficial.

Pero por primera vez, con la migración venezolana ocurre que todas estas causas juntas – persecución política; pobreza extrema; escasez de alimentos, medicinas y servicios; violación sistemática de los derechos humanos; inseguridad producto de la delincuencia organizada o protegida desde el Estado; inflación crónica y caída de los ingresos; pérdida de las libertades democráticas– confluyen para generar este gran éxodo en una nación que jamás había vivido experiencias migratorias si no que, por el contrario, había sido un lugar de acogida para inmigrantes asiáticos, europeos, árabes y latinoamericanos que por millones arribaron desde los años 1940.

TOTAL EMIGRACIÓN VENEZOLANA (2005-2019)

AÑO	2005	2010	2015	2017	2018	2019
INMIGRANTES	440.000	560.000	670.000	1.062.376	2.757.893	4.307.930



¿Migrantes o refugiados?

Para entender con un mínimo de claridad lo que ocurrió en Venezuela es necesario acudir al concepto de Emergencia Humanitaria Compleja. Una categoría introducida por la Organización de las Naciones Unidas para calificar la situación de crisis en las que

quedaron muchas de las naciones pertenecientes al bloque comunista de Europa oriental luego de la caída, a finales del siglo XX, del Muro de Berlín.

La situación de Emergencia Humanitaria Compleja es un tipo de crisis social causada no por una variable específica, por ejemplo una crisis económica, o una guerra civil, sino por la combinación de múltiples factores políticos, económicos y socioculturales que impacta gravemente todas las formas de vida, espacios, instituciones y ámbitos de la sociedad que la padece.

Son crisis, y la venezolana es un claro ejemplo clásico, que suelen desencadenarse en contextos de desintegración política y económica, resultantes de la combinación de factores como el debilitamiento, quiebre y fragmentación del Estado; el fortalecimiento de la economía informal y las economías ilícitas bajo la articulación de redes clandestinas; la normalización de fenómenos económicos distorsionados como crisis hiperinflacionarias que subsisten por muy largo tiempo; conflictos promovidos por grupos de civiles armados y asociaciones con el terrorismo internacional; hambrunas y epidemias; aumento de la pobreza y, lo que hoy nos ocupa, migraciones masivas forzosas causadas por situaciones de pobreza y persecuciones políticas, religiosas o étnicas.

Por esta razón, los organismos internacionales como ACNUR establecen una diferencia entre la migración a secas y la migración forzada. Lo que lleva a clarificar que es muy diferente hablar de migrantes, refugiados y solicitantes de asilo. De acuerdo al glosario de ACNUR un **refugiado** es “una persona que no puede retornar a su país de origen debido a un temor fundado de persecución o graves indiscriminadas amenazas contra la vida, la integridad física o la libertad”.

Por **migrante**, en cambio, se entiende "todos los casos en los cuales la decisión de migrar es tomada libremente por la persona en cuestión por razones de 'conveniencia personal' y

sin la intervención de factores coercitivos externos". Y como **solicitante de asilo**, aquellas personas que buscan protección internacional en países con procedimientos individualizados. No todos los solicitantes de asilo son reconocidos como refugiados, pero todos los refugiados en estos países son inicialmente solicitantes de asilo.

Queda claro entonces que una cosa es desplazarse por una decisión voluntaria de un país a otro, incluso dentro del mismo país. Eso es un inmigrante. Y otra, muy diferente, desplazarse de manera forzada, bajo coerción. Eso es un refugiado. Esa es la razón por la que la Organización de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) le está pidiendo a la comunidad internacional que les otorguen a los venezolanos la condición de refugiados. Porque la migración que nos ha hecho irnos del país, especialmente a partir de 2017, no es una elección personal sino una condición forzosa. Una manera de tratar de preservar la vida, los derechos humanos o de sacrificarse personalmente para ayudar a los familiares que, por razones personales, no pueden o no quieren abandonar su país.

La solidaridad de Colombia

Quien escribe estas líneas es un exiliado político que vive en Bogotá. Soy por lo tanto testigo de la manera como Colombia ha tratado de resolver de la mejor forma posible el arribo de casi 2.000.000 de venezolanos que ha obligado al gobierno central a tomar medidas osadas e impedir que el desplazamiento masivo derive en una crisis social.

Porque no se trata de un solo tipo de inmigración. Son por lo menos cuatro fenómenos distintos. La migración de destino, los que han venido para fijar en Colombia su residencia. La migración de retorno, la de los colombianos que habían hecho su vida en Venezuela y ahora regresan con doble nacionalidad. La migración de tránsito, constituida por miles de venezolanos que atraviesan Colombia, muchas veces a pie, y salen –camino de Ecuador,

Perú, Chile y Argentina— por el puente Rumichaca, ubicado en el departamento de Nariño, en el extremo suroccidental del país.

Y la migración pendular, la más numerosa, formada por una población que entra a Colombia por uno o pocos días en búsqueda de alimentos, trabajo informal, atención médica o a traer o llevar productos de contrabando y luego retorna a su lugar de residencia.

Un movimiento pendular que ocurre entre los estados Zulia, Táchira, Apure y Amazonas, de Venezuela, y los departamentos de La Guajira, Norte de Santander, Arauca y Guainía, respectivamente, de Colombia. Algunos días el pendular mueve hasta 50 mil personas.

Hay migrantes venezolanos que sobrevivimos con relativo bienestar, unos porque tenían ahorros suficientes, antes de la instalación del proyecto político trágico conocido como “Socialismo del siglo XXI”, otros porque han logrado insertarse en el mercado de trabajo local o emprender negocios que funcionan, pero hay miles que pasan trabajo y grandes sufrimientos.

Se trata de enfermos de sida, cáncer, o pacientes que deben hacer diálisis, que en Venezuela nunca van a encontrar los medicamentos que necesitan para seguir con vida y deben salir a otras naciones a buscarlas. De profesores universitarios con doctorado, y varios idiomas en su haber, que no se resignan a ganar ocho dólares mensuales y prefieren manejar un Uber en Bucaramanga, Colombia, o servir en un restaurante en Cuenca, Ecuador, que seguir humillados por los militares de ultraderecha y los civiles de ultraizquierda que gobiernan su país.

Los que sobreviven como vendedores informales o braceros agrícolas por temporada. Y muchos, no sabemos el porcentaje, que terminan en la indigencia absoluta, unos de pordioseros, otros de mártires de la prostitución masculina o femenina, o de asesinos a sueldo reclutados por las bandas criminales, el Ejército de Liberación Nacional o la

disidencia de las FARC, las dos guerrillas que traicionaron el proceso de paz colombiano y que el gobierno de Maduro protege.

Ya no sabemos con exactitud qué somos. Si somos emigrantes. Si somos parias. Si somos refugiados. Solo tenemos la certeza de que fuimos expulsados de nuestro país por un proyecto totalitario, militarista, sustentado por el narcotráfico, que empobreció a nuestra nación y que lamentablemente en el extranjero muchos *scholars* universitarios de izuquierda, ingenuos unos pervertidos otros, no entienden y, peor aún celebran. Quienes lo sufrimos en carne propia, en cambio, sabemos bien de qué se trata.